

Relaciones de Carlos II con la Santa Sede

JOSÉ GOÑI GAZTAMBIDE

INTRODUCCIÓN

Al heredar el trono, Carlos II de Evreux era un joven de 17 años, adornado de brillantes cualidades: ingenio vivo, ojo perspicaz, palabra fácil y trato seductor. Poseía, además, una astucia inaudita, una ambición desmedida, una inclinación natural a la intriga y al doble juego, y una carencia absoluta de escrúpulos. Por sus defectos no se diferenciaba apenas de los príncipes de su tiempo. Por sus dotes los superaba a todos. Durante muchos años gozó de una popularidad asombrosa y contó con amigos fieles en todas las capas sociales, incluso en la cúpula de la Iglesia. Estuvo a punto de conseguir la realización de sus grandiosos sueños. Sin embargo, sus enemigos, más poderosos que él, acabaron por reducirlo a la impotencia¹.

Desde el primer día de su reinado hasta el último no apartó su vista de la corte pontificia. Sus relaciones con la Santa Sede presentan una doble vertiente: eclesiástica y política. Como la primera ha sido expuesta recientemente en una obra de fácil acceso², en el presente trabajo nos ocuparemos tan solo de la segunda.

CLEMENTE VI Y LA POLÍTICA MATRIMONIAL DE CARLOS II

El papa reinante Clemente VI (1342-1352) se apresuró a darle el pésame por la muerte de su madre Juana de Evreux (8 nov. 1349)³. Desde entonces hubo un incesante trasiego de embajadores o simples mensajeros que iban o venían de Aviñón, capital de la cristiandad y centro de la política europea.

1. *Chronique du Religieux de Saint-Denys*, lib. VII, cap. XII; ed. Bellaguet, I (París 1839) 468; R. DELACHENAL, *Histoire de Charles V*, 5 vols. (París 1909-1931) I, 76-78; J.M. LACARRA, *Historia política del reino de Navarra desde sus orígenes hasta su incorporación a Castilla*, III (Pamplona 1973), 151; A. PLAISSE, *Charles, dit Le Mauvais, comte d'Evreux, roi de Navarre, capitain de Paris* (Evreux 1972), 57-58.

2. J. GOÑI GAZTAMBIDE, *Historia de los obispos de Pamplona*, II (Pamplona 1979), 143, 202, 204, 210, 226, 261, 262 y 265.

3. Arch. Vaticano, Reg. Vat., 143, f. 92v.; ed. E. DÉPREZ et G. MOLLAT, *Clément VI (1342-1352). Lettres closes, patentes et curiales se rapportant a la Trance* (París 1959), n.º 4.295 (texto). Sobre Clemente VI cf. G. MOLLAT, *Dictionnaire d'histoire et de Géographie ecclésiastiques*, XII (París 1953), 1.129-1.162; ÍDEM, *Clément VI et la Péninsule ibérique*, en «Journal des Savants», 1960, 121-129.

Aunque los tiempos de Inocencio III habían pasado, el pontificado romano aún pesaba mucho en el mundo cristiano.

A instancias del navarro, Clemente VI animó a Pedro I de Castilla a casarse con una de las hermanas de Carlos II. Le escribió por dos veces, le envió un sargento de armas, habló a los arzobispos de Toledo y Compostela, y cursó cartas a las reinas de Francia, Blanca y Juana, hermana y tía del navarro, respectivamente⁴. Por fortuna para la interesada, Pedro I el Cruel no aceptó la propuesta.

Por su parte, Carlos II, en un primer momento, pensó unir sus destinos con Juana, hija de Juan, duque de Bravante. Clemente VI les concedió dispensa del impedimento de consanguinidad en segundo grado (1 junio 1350)⁵; pero esta boda tampoco se realizó. Estos proyectos matrimoniales encuentran su eco en los documentos de Comptos. En 1350 un mensajero llevó cartas del rey para el papa y varios cardenales, y volvió con cartas del pontífice para el monarca de Castilla, Pedro I el Cruel (1350-1369), volviendo después a Aviñón con la respuesta del castellano⁶. Juan de Bucy, botellero del rey, fue enviado por Carlos II a la curia romana por dos veces a fines de 1350 y principios de 1351⁷. Por su parte, Clemente VI rogó a Carlos II que prestara entero crédito a su nuncio Tomás de Ladit⁸.

Por fin, Carlos II contrajo matrimonio con Juana de Valois, hija de Juan II el Bueno, rey de Francia, previa dispensa matrimonial, otorgada por Clemente VI⁹. Las casas reales de Francia y de Navarra quedaban más estrechamente vinculadas, pero no tardaron en producirse serias diferencias, nunca del todo apagadas, sobre varios puntos: impago de la dote y de ciertas rentas del tesoro, prometidas a la mujer de Carlos II; incumplimiento del tratado de 1349 sobre compensación por la cesión a la corona francesa de los condados de Champagne y de Brie, y concesión por Juan II a su favorito Carlos de la Cerda del condado de Angulema, que la casa de Evreux consideraba como un bien patrimonial suyo.

INOCENCIO VI, INCANSABLE MEDIADOR

Carlos II no pudo disimular su disgusto. Se produjo una escena violenta entre los dos Carlos en presencia de Juan II, acompañada de palabras injuriosas. Unos días después Carlos de la Cerda caía asesinado por las gentes de Carlos II, que le infligieron ochenta heridas (8 enero 1354). El navarro asumió la entera responsabilidad del delito y escribió cartas en todas direcciones para justificarlo (10 enero 1354)¹⁰. Una de ellas al nuevo Papa Inocencio VI

4. Así lo afirma Clemente VI en carta al rey de Navarra del 5 oct. 1350 (DÉPREZ, n.º 4765) (texto). Una de las cartas está fechada el 5 julio 1350; ed. G. DAUMET, *Etude sur l'alliance de la France et de la Castille au XIVe et au XVe siècles* (París 1898), 160-161 (cf. 20-21); Déprez, n.º 4.592 (resumen).

5. DÉPREZ, n.º 4.527 (texto).

6. Arch. Gen. Nav., Reg. 61, f. 90.

7. Ib., f. 90.

8. DÉPREZ, n.º 4.397 (resumen).

9. DÉPREZ, n.º 5.143 (texto).

10. DELACHENAL, I, 81-84.

(1352-1362), sucesor inmediato de Clemente VI ¹¹. En ella no se confesaba culpable. La culpa, según él, la tenía Carlos de España, que le había provocado hablando en muchos lugares grandes villanías y palabras deshonrosas contra su persona y sus amigos más próximos. Adán de Francovilla, médico personal de Carlos de Evreux, portador de la misiva, completó verbalmente la explicación de los hechos.

Inocencio VI, aunque se llevó un fuerte disgusto, no le dirigió reproche alguno. Se limitó a recomendarle que se portase con humildad, mansedumbre y prudencia, para que no se agrietara la unidad de la casa real francesa. Y, en carta a Juan II, le exhortó a soportar el golpe con calma, ya que los escándalos eran inevitables y lo pasado no tenía vuelta de hoja (16 febrero 1354) ¹².

Para salvar su vida y sus posesiones en Francia, Carlos II se echó en brazos de los ingleses pidiéndoles su ayuda (18 enero 1354) ¹³. Ante el peligro de una intervención militar anglo-navarra, Juan II dominó de momento su rencor y se reconcilió con su yerno por el tratado de Mantés (22 febr. 1354), concertado por el cardenal Guido de Bolonia (Boulogne), pariente y amigo del navarro. El tratado era más favorable para Carlos II de lo que éste podía esperar. El asesinato era perdonado y se concedía una amnistía a los autores materiales y cómplices del mismo. Carlos II no sólo recuperaba los bienes confiscados, sino que recibía gran parte del Contentin ¹⁴.

El cardenal de Bolonia fue acusado de haberle favorecido sin medida. Incluso estorbó los planes de venganza, que alimentaba Juan II el Bueno. Un miembro del consejo le habría manifestado, según se dijo, que el rey de Navarra sería atraído a la corte francesa y detenido. El cardenal se habría apresurado a advertir al interesado, que declinase toda invitación a presentarse ante Juan II. Por eso cayó en desgracia del monarca francés, viéndose obligado a salir de París en dirección a Aviñón (sept. 1354) ¹⁵.

El rey de Navarra guardaba también rencor al arzobispo de Ruen, al obispo de Chalons y a Simón de Bussy. Inocencio VI le exhortó a moderar sus sentimientos de animosidad a los que actuaban como leales servidores del monarca galo (12 y 16 de marzo 1354). En esta última carta le invitó a reconciliarse con Juan II, nuevamente desavenido. Para entonces ya se habían reconciliado, al menos en apariencia. En el fondo la reconciliación no había sido sincera por ninguna de las partes. Tanto Juan II como Carlos II acechaban la ocasión para tomarse la revancha. El navarro daba muestras cada día de un mayor alejamiento de su suegro, incluso físico. Malas lenguas decían que

11. Cuando fue elegido papa el 18 diciembre 1352, Carlos II destinó a su canciller Tomás de Ladit para felicitarle y expresarle la alegría que había sentido con su promoción. El papa le contestó agradeciéndole vivamente la deferencia (21 enero 1353) (P. GASNAULT et M.H. LAURENT, *Innocent VI (1352-1362). Lettres secretes et curiales*, I (París 1959), n.º 75 (texto); E. DÉPREZ, n.º 39 (texto).

12. H. DENIFLE, *La désolation des églises, monastères et hopitaux en France pendant la Guerre de Cent Ans*, II (París 1897), 99 (texto de ambas bulas).

13. R. DELACHENAL, *Premières négociations de Charles le Mauvais avec les anglais (1354-1355)*, en «Bibliothèque de l'École des Chartes» 61 (1900), 253-282.

14. M. SECOUSSE, *Recueil de pièces servant de preuves aux Mémoires sur les troubles excites en France par Charles II, dit le Mauvais, roi de Navarre et comte d'Evreux* (París 1755), 33-35 (texto del tratado de Mantés).

15. ÍDEM, *Mémoires pour servir a l'histoire de Charles II, roi de Navarre et comte d'Evreux, surnommé le Mauvais* (París 1758), 41; G. MOLLAT, *Dict. d'Histoire et de Géogr. eccl.*, X (París 1938), 103.

el amor de Carlos II hacia el rey francés y su casa se había entibiado, la caridad enfriado y la rectitud de ánimo, cambiado. El papa no quería creerlo. Sin embargo, para tapar la boca de los murmuradores, le aconsejó que cambiase radicalmente de conducta respecto de Juan II (22 oct. 1354)¹⁶.

La exhortación pontificia no hizo mella en el navarro, que, descontento por el incumplimiento de algunas de las promesas hechas en Mantas y temiendo por su seguridad personal, se dirigió medio clandestinamente a la ciudad de Aviñón (nov. 1354). ¿Qué buscaba allí? Según Delachenal, «en apariencia, solicitar la mediación del papa, que, siempre ciego, le guardaba una inexplicable simpatía»¹⁷. Que lo miraba con simpatía, de acuerdo. Que el papa estuviese siempre ciego, es más que discutible. Inocencio VI tenía sobrados motivos para conocer bien a Carlos II. No lo miraba con prevención ni todo lo interpretaba mal.

Carlos II encontró en Aviñón al duque de Lancaster, que, invitado por Inocencio VI, estaba negociando una paz imposible con los comisarios de Juan II. Al cabo de algún tiempo el navarro, simulando que se alejaba definitivamente de Aviñón, volvió a escondidas y, durante quince noches celebró reuniones secretas con el duque inglés en las casas del cardenal de Bolonia o del cardenal de Arras. En ellas se elaboró un proyecto de desmembración y reparto del reino de Francia y se asentaron las bases de una alianza anglo-navarra¹⁸.

Entretanto Juan II envió tropas para apoderarse de los castillos y fortalezas detentados por Carlos II; pero seis plazas, comandadas por capitanes navarros, se resistieron y rehusaron abrirles las puertas¹⁹. Por su parte Inocencio VI, anticipándose a los deseos de las reinas Juana y Blanca, exhortó al navarro a la concordia con Juan II²⁰ y a éste a conceder el perdón. Carlos II, en presencia del papa y de varios cardenales, se mostró dispuesto a reconciliarse con el monarca francés y a servirle como a su padre y señor. A tal fin envió un mensajero a Juan II (17 dic. 1354)²¹. El papa creía en la sinceridad de Carlos II. Este, desde Navarra, envió un escudero, Colin Doublel, a Londres para ultimar la alianza con Eduardo III y el duque de Lancaster²².

Al mismo tiempo manifestaba sus deseos de comparecer ante Juan II para implorar el perdón. Pero el término que éste le señaló para presentarse, fue aplazado dos veces, la última hasta el mes de agosto de 1355, siempre por mediación del papa, a instancias del navarro. Dos veces también Inocencio VI recomendó a Carlos II que, dejando de lado todos sus rencores, se presentase ante el rey de Francia con sumisión y humildad (12 febr. y 29 abril 1355). Cuando Inocencio VI se enteró de que Carlos II estaba reuniendo tropas, le escribió que aquella manera de acceder al reino de los Valois, le disgustaba. Debía presentarse con toda humildad y reverencia (11 mayo 1355). Esperando que así lo hiciese, el papa prometió a Juan II que Carlos de Evreux comparecería ante él como un hijo humilde y sumiso (21 mayo). Para enton-

16. Reg. Vat., 236, f. 40 v. y 41 v.; O. RAYNALDUS, *Anuales ecclesiastiá*, a. 1354, n.º 19.

17. DELACHENAL, I, 87-88.

18. DELACHENAL, *Premieres négociations*, 264-267, 280-282.

19. DENIFLE, 102.

20. Reg. Vat. 236, f. 220.

21. Reg. Vat. 236, f. 221v. (17 dic. 1354); ed. DENIFLE, 102-103.

22. DENIFLE, 103.

ces el francés había expedido un salvoconducto (20 mayo) y unos días después, otro (1 junio), que el papa, eterno mediador entre ambos, puso en manos del navarro, junto con una carta, en la que nuevamente le daba los mismos consejos sobre la manera de presentarse ante su suegro.

Pero Carlos II prefería negociar desde una posición de fuerza. Por eso, desoyendo las sugerencias pontificias, desembarcó en Cherburgo con un fuerte ejército, dispuesto a iniciar el ataque por Normandía, en combinación con las tropas inglesas, que eran esperadas de un momento a otro. Inocencio VI hizo una última tentativa por medio de sus nuncios Juan Joffrey, obispo de Elna, y Androin de la Roche, abad de Cluny, para que Carlos II abrazara sus consejos tantas veces repetidos e hiciera la paz con Juan II (1 jun. 1355). La iniciativa pontificia fue secundada por el duque de Borbón, los arzobispos de Sens y Rouen, las dos reinas y otros señores, que presionaron a Carlos II para que se sometiera al rey de Francia.

Todo resultó inútil hasta que una embajada real, presidida por el arzobispo de Sens, se entrevistó con él en Cherburgo. Entonces Carlos II envió unos embajadores para anunciar a Juan II que se ponía a su servicio. La noticia llenó de alegría a Inocencio VI, que veía coronados sus esfuerzos diplomáticos. El papa le repitió una vez más sus consejos y le animó a continuar por el camino emprendido, de tal suerte que toda chispa de rencor quedase completamente extinguida (20 ag. 1355). Carlos II se descolgaba por segunda vez de su aliado inglés y firmaba la paz en Valognes (10 sept. 1355), una paz que completaba el tratado de Mantés. Dos semanas después en el castillo de Louvre, Carlos II, sin reconocerse expresamente culpable, pidió perdón a Juan II, prometiéndole mostrarse bueno y leal²³.

Carlos II no mantuvo su promesa. Trató de meter cizaña en la casa real, asegurando al delfín Carlos, que su padre le odiaba a muerte. En respuesta Juan II nombró a su hijo duque de Normandía (7 dic. 1355). Mientras se celebraba un suntuoso festín con motivo de la toma de posesión del ducado, de repente se abrió la puerta, apareció Juan II y, agarrando al rey de Navarra, le dijo que no era digno de sentarse a la mesa con su hijo. Cuatro de sus consejeros fueron ejecutados sin proceso alguno y Carlos II fue encerrado en el castillo de Louvre, de donde fue trasladado a otras fortalezas (5 abril 1356). La cólera real, largo tiempo contenida, había estallado de una manera tan salvaje como antes la de Carlos II. Semejante atropello al derecho de gentes fue censurado unánimemente. La prisión del rey y la ejecución fulminante de sus cuatro consejeros acarrearón a Francia una infinidad de males y causaron una emoción muy viva en toda la cristiandad. Felipe de Navarra, «una de las figuras más simpáticas del siglo XIV» (Delachenal), juró sacar de la prisión a

23. DENIFLE, 104-108 (con extractos o textos de las bulas). En este tiempo crítico el infante Luis de Navarra se mantuvo en estrecho contacto con su hermano. Por orden suya, Guillem de Meaucort, recibidor de la Ribera, partió de Pamplona el 27 noviembre 1355 a Perpiñán para entrevistarse con el rey de Aragón. De allí se dirigió a Aviñón ante los cardenales de Bolonia y Ostia. Después se presentó ante el rey de Navarra, residente en Francia, para darle cuenta de asuntos que no se podían escribir por la inseguridad de los caminos. Regresó a Pamplona el 11 marzo 1356. El viaje de ida duró 41 días y el de vuelta otros tantos (Arch. Gen. Nav., Caj. 12, n.º 128, II). Arnalt de Barbazán, mandadero (no confundirlo con el obispo del mismo nombre), fue a Francia para entregar al rey cartas secretas del infante Luis. Se le entregaron 10 escudados del cuño de Juan para el viaje (Caj. 12, n.º 131, I) (7 febr. 1356). En 1355 Pierre de la Tennerie gastó 100 florines en Aviñón (Caj. 12, n.º 74).

comprensión y la simpatía que siempre había encontrado en el papa difunto y hasta por las paternales amonestaciones que alguna vez había recibido de él. Ningún papa se había interesado, ni se interesaría tanto como Inocencio VI por su persona y sus asuntos, de que dan fe sus numerosas bulas.

UN PAPA IMPARCIAL, URBANO V

Unos días después le sucedió Guillermo de Grimoard, O.S.B., abad de San Víctor de Marsella, con el nombre de Urbano V (1362-1370). El nuevo papa era un santo y cándido monje, amante del estudio, buen jurista y hábil negociador. No había servido al rey de Francia en ningún cargo oficial ni había sido obispo o cardenal. Se presentaba como un hombre objetivo e independiente, capaz de enfocar los problemas con una óptica nueva⁴⁸. Al día siguiente de su coronación, comunicó su promoción a Carlos II y a los demás reyes de Europa. Bertolomeo Petri y Nicolás de Murcia, correos pontificios, le trajeron la carta oficial, siendo gratificados con 50 florines (11 febr. 1363)⁴⁹.

No era la primera carta. Aún antes le había escrito otra, rogándole que interviniera en el restablecimiento de la paz entre los condes de Foix y de Armañac (3 dic. 1362)⁵⁰. En la discordia el conde de Armañac llevó la peor parte, cayendo prisionero de su rival. El papa interesó al navarro en su liberación en su próximo viaje a Gascuña, donde Carlos II podría trabajar de concierto con el cardenal y legado, Guido de Bolonia, y una posible embajada de Pedro IV el Ceremonioso⁵¹.

Urbano V le invitó también a tomar parte en una cruzada contra los turcos o a prestar su apoyo a la misma, juntamente con Juan II el Bueno y Pedro IV de Aragón. Para ello debía comenzar por firmar la paz con Aragón. Después debía expulsar de sí mismo todo rencor contra el rey de Francia, abstenerse de cualquier novedad perjudicial y unirse de nuevo con él mediante el vínculo de un amor filial e indisoluble. Por su parte, el papa había exhortado a Juan II a portarse benignamente con Carlos II y sus partidarios y, dejando de lado cualquier materia de turbación, admitirlo a la reconciliación y tratarlo paternalmente. Urbano V brindaba su mediación, si fuese necesaria, dispuesto a promover en lo posible el bien y los intereses de uno y otro. Sobre estas cuestiones le facilitaría una información más amplia el portador de la presente, Juan Cruzat, deán de Tudela, auditor de la Rota y nuncio pontificio⁵².

Carlos II tenía otras preocupaciones más inmediatas: la situación de Normandía cada vez más inquietante, y la sucesión de Borgoña, que por decisión de Juan II había recaído en su hijo Felipe el Atrevido en perjuicio de los derechos de Carlos II, que creía mejor fundados (6 sept. 1363). Sobre este

48. Y. RENOARD, *La Papauté à Avignon* (París 1954), 49. Contiene datos útiles sobre nuestro tema M. PROU, *Les relations politiques du pape Urbain V avec les rois de France Jean II et Charles V* (París 1887).

49. Arch. Gen. Nav., Reg. 107, f. 53v.

50. P. LECACHEUX et G. MOLLAT, *Urbain V (1362-1370). Lettres secrètes et curiales se rapportant a la France*, 4 fasc. (París 1902-1955), n.º 132.

51. Ib., n.º 797-799 (10 febr. 1364)

52. LECACHEUX, n.º 354 (15 abril 1363).

En cuanto al papa, rogó al infante Luis de Navarra que, con el fin de obtener la liberación del rey, se abstuviese de hacer nada que pudiera irritar más al monarca francés. En términos análogos se dirigió al consejo real, a los nobles y al pueblo de Navarra (1 sept. 1356)³¹. Dos meses más tarde Inocencio VI recomendó a sus legados los cardenales Talleyrand y Capocci, que en el caso de ajustar algún tratado de paz entre Francia e Inglaterra, se acordasen de incluir en él al rey de Navarra. El asunto de la liberación ocupaba un lugar prioritario en sus preocupaciones diarias (29 oct. 1356). Un mes después urgió al cardenal Talleyrand que, en interés del bien público, trabajase con el mayor interés, industria y diligencia por la libertad del rey de Navarra, a quien profesaba un amor entrañable (28 nov. 1356). En el mismo día, pidió por carta al primogénito francés, que sacase de la cárcel a Carlos, rey de Navarra, no sólo en atención al cariño que le profesaba el papa, sino también en vista de la utilidad que había de resultar a la casa de Francia y a todo el reino de los franceses³².

Estas cartas, al igual que las anteriores, no influyeron en el feliz desenlace, que se verificó el 9 de noviembre de 1358. La historiografía francesa atribuye la liberación a Juan de Picquigny, gobernador de Artois, y a sus hermanos Roberto y Felipe³³. Según el continuador de los Anales de Moret, Francisco Alesón, el infante Felipe se valió principalmente de la fidelidad y valor de cinco caballeros navarros: Rodrigo de Uriz, Corbarán de Lehet, Carlos de Artieda, el Barón de Garro y Fernando de Ayanz, a quienes acompañaron otros caballeros navarros y también algunos franceses amigos, de los cuales el principal fue Juan de Pequiñí, gobernador de Artois³⁴. La documentación navarra menciona la colaboración de Juan Martínez de Azcona, a quien Carlos II hizo merced de los palacios y hacienda de Azcona³⁵; Jacques de Rué³⁶ y Juan de Ham, que fue uno de los principales³⁷.

Con el parecer del consejo, se accedió a todas las reclamaciones de Carlos II. En aquel momento el navarro gozaba de la simpatía general de los príncipes, y continuaba protestando contra el incumplimiento de las promesas que se le habían hecho³⁸.

Como fue sacado de la prisión contra la voluntad del regente, los ánimos del rey de Navarra y del delfín de Francia seguían tan distanciados como antes. Todos los esfuerzos del papa por conseguir un acercamiento entre

Carlos II (CASTRO, III, 891, 894). Se recurrió también a la oración. Fray Gonzalo de Vidaurreta, agustino, limosnero del infante, recibió 10 libras de limosna para que rogase por la libertad del rey (Caj. 12, n.º 177) y con idéntico fin el infante fundó una capellanía en Ujué (Reg. 84, f. 114).

31. J. ZUNZUNEGUI, *Bulas y cartas secretas de Inocencio VI (1352-1362)* (Roma 1970), n.º 249.

32. Reg. Vat. 238, ff. 227v., 228; ed. P. GASNAULT-N. GOTTERI, *Innocent VI. Lettres secretes et curiales* (Roma 1976), IV/1, núms. 2.484-2.485. Cf. N.S. ZACOUR, *Talleyrand, the cardinal of Périgord (1301-1364)* (Philadelphia 1960).

33. DELACHENAL, I, 323-325; S. HONORÉ-DUVERGE, *Despartisans de Charles le Mauvais: Les Picquigny*, en «Bibl. de l'Ecole des Chartes» 107 (1947-1948), 82-92.

34. F. ALESÓN, *Anales del reino de Navarra*, lib. XXX, cap. 3, núm. 14.

35. Extracta el privilegio Alesón, lug. cit. n.º 17, letra B.

36. CASTRO, V, n.º 254.

37. J. GOÑI GAZTAMBIDE, *Catálogo del Archivo Catedral de Pamplona*, I (Pamplona 1965), n.º 1.394.

38. DELACHENAL, I, 331-332, 467, 342.

ambos, resultaron estériles. Escribió al rey de Navarra, que recapacitara sobre aquella guerra entre hermanos (25 dic. 1358)³⁹. Encargó por dos veces a sus legados los cardenales de Perigord y de Urgel que realizasen una nueva tentativa para conseguir la paz entre el rey y el regente, poniendo de relieve los males que aquella guerra estaba causando⁴⁰. Los cardenales trataron con el regente, el rey de Navarra y la reina Blanca, hermana de éste; pero tuvieron que regresar a Aviñón con las manos vacías⁴¹. Inesperadamente los procuradores de ambos príncipes llegaron a un acuerdo a finales de julio de 1359 sobre las bases siguientes: restitución a Carlos II de todas las fortalezas y villas que poseía antes del comienzo de las hostilidades; la asignación de 12.000 «libras de tierra» y el pago de 600.000 escudos de oro en doce anualidades⁴².

Inocencio VI, lleno de alegría felicitó al rey y al regente, y les expresó su deseo de que la paz fuese durable⁴³. Unos días después comunicó a su legado Guido de Bolonia la fausta noticia y le transmitió copia del tratado. Añadía que, después de la firma de la paz, el rey de Navarra había devuelto al de Francia muchos castillos y fortalezas que estaban ocupados por sus gentes, y había atraído a la paz a muchos sembradores de discordias. Para sellar la paz, exhortaba al legado a conseguir también la paz entre los reyes de Castilla y Aragón, objeto principal de su presencia en España⁴⁴.

El tratado era demasiado ventajoso para que el navarro lo mirase sin desconfianza. ¿No correría la misma suerte que los anteriores? Recuperada su libertad por el tratado de Bretigny (8 mayo 1360), Juan II de Valois se reconcilió nuevamente con su yerno, le devolvió todas las tierras y castillos que se le habían quitado durante la guerra y le concedió la amnistía para todos sus partidarios, salvo el obispo de Laon, que pasó al obispado de Calahorra (24 oct. 1360). El 12 de diciembre del mismo año se reunieron en Saint-Denis los reyes de Francia y de Navarra, que no se habían visto desde hacía cerca de cinco años⁴⁵.

En 1361 y 1362 se intensificaron los contactos navarros con la corte de Aviñón. Elías Bailín, prior de Tajonar, y fray Juan de Picquigny, agustino, parece que hicieron el viaje por asuntos personales. En cambio Dimenge de Chevais fue a Aviñón enviado por el infante. Juan de Piroy, caballero, Perrin de la Chapelle, Michelco y Miguel Cruzat marcharon a la corte pontificia por negocios del rey que, como de costumbre, no se especifican⁴⁶. Habiendo partido para Aviñón el cardenal de Bolonia, un mensajero fue en su seguimiento con cartas del rey⁴⁷. Algo se preparaba, cuando Inocencio falleció el 12 septiembre 1362. Su tenaz política de conciliación produjo su fruto. A él se debe en buena parte la terminación de la primera fase de la Guerra de los Cien Años. Carlos II tenía especiales motivos para estar satisfecho por la ayuda, la

39. Reg. Vat. 240, f. 7v.; ed. DENIFLE, II, 318-319.

40. Reg. Vat. 233, f. 4 (30 ag. 1358); Reg. Vat. 240, f. 5v. (25 dic. 1358); ed. DENIFLE, II, 318.

41. DELACHENAL, II, 120.

42. *Ib.*, 122.

43. Reg. Vat. 240, f. 82-83; ed. DENIFLE, II, 333.

44. ZUNZUNEGUI, *Bulas y cartas*, n.º 392.

45. DENIFLE, II, 356-369; DELACHENAL, II, 257.

46. CASTRO, III, n.º 1.006, 1.016, 1.104; IV, n.º 160, 172, 257 y 678.

47. CASTRO, IV, n.º 269, 273 y 289.

comprensión y la simpatía que siempre había encontrado en el papa difunto y hasta por las paternales amonestaciones que alguna vez había recibido de él. Ningún papa se había interesado, ni se interesaría tanto como Inocencio VI por su persona y sus asuntos, de que dan fe sus numerosas bulas.

UN PAPA IMPARCIAL, URBANO V

Unos días después le sucedió Guillermo de Grimoard, O.S.B., abad de San Víctor de Marsella, con el nombre de Urbano V (1362-1370). El nuevo papa era un santo y cándido monje, amante del estudio, buen jurista y hábil negociador. No había servido al rey de Francia en ningún cargo oficial ni había sido obispo o cardenal. Se presentaba como un hombre objetivo e independiente, capaz de enfocar los problemas con una óptica nueva⁴⁸. Al día siguiente de su coronación, comunicó su promoción a Carlos II y a los demás reyes de Europa. Bertolomeo Petri y Nicolás de Murcia, correos pontificios, le trajeron la carta oficial, siendo gratificados con 50 florines (11 febr. 1363)⁴⁹.

No era la primera carta. Aún antes le había escrito otra, rogándole que interviniera en el restablecimiento de la paz entre los condes de Foix y de Armañac (3 dic. 1362)⁵⁰. En la discordia el conde de Armañac llevó la peor parte, cayendo prisionero de su rival. El papa interesó al navarro en su liberación en su próximo viaje a Gascuña, donde Carlos II podría trabajar de concierto con el cardenal y legado⁵¹, Guido de Bolonia, y una posible embajada de Pedro IV el Ceremonioso⁵¹.

Urbano V le invitó también a tomar parte en una cruzada contra los turcos o a prestar su apoyo a la misma, juntamente con Juan II el Bueno y Pedro IV de Aragón. Para ello debía comenzar por firmar la paz con Aragón. Después debía expulsar de sí mismo todo rencor contra el rey de Francia, abstenerse de cualquier novedad perjudicial y unirse de nuevo con él mediante el vínculo de un amor filial e indisoluble. Por su parte, el papa había exhortado a Juan II a portarse benignamente con Carlos II y sus partidarios y, dejando de lado cualquier materia de turbación, admitirlo a la reconciliación y tratarlo paternalmente. Urbano V brindaba su mediación, si fuese necesaria, dispuesto a promover en lo posible el bien y los intereses de uno y otro. Sobre estas cuestiones le facilitaría una información más amplia el portador de la presente, Juan Cruzat, deán de Tudela, auditor de la Rota y nuncio pontificio⁵².

Carlos II tenía otras preocupaciones más inmediatas: la situación de Normandía cada vez más inquietante, y la sucesión de Borgoña, que por decisión de Juan II había recaído en su hijo Felipe el Atrevido en perjuicio de los derechos de Carlos II, que creía mejor fundados (6 sept. 1363). Sobre este

48. Y. RENOARD, *La Papauté à Avignon* (París 1954), 49. Contiene datos útiles sobre nuestro tema M. PROU, *Les relations politiques du pape Urbain V avec les rois de France Jean II et Charles V* (París 1887).

49. Arch. Gen. Nav., Reg. 107, f. 53v.

50. P. LECACHEUX et G. MOLLAT, *Urbain V (1362-1370). Lettres secretes et curiales se rapportant a la France*, 4 fasc. (París 1902-1955), n.º 132.

51. *Ib.*, n.º 797-799 (10 febr. 1364)

52. LECACHEUX, n.º 354 (15 abril 1363).

problema Carlos II se había sometido desde un principio al arbitraje del papa⁵³. Sin duda buscó también el apoyo del cardenal de Bolonia. Por orden de Carlos II un mensajero se dirigió a Aviñón ante el cardenal de Bolonia. Un escudero vino de Aviñón con cartas y, como el anterior, fue robado en el camino. Igualmente regresó de Aviñón a Navarra Simón de Escourcy, consejero del rey y abad de Falces⁵⁴.

Urbano V se decidió a intervenir. Pidió a Carlos II que licenciara las tropas que había reunido y se mostrara flexible en la extinción de la querrela⁵⁵. El 13 de febrero de 1364 Urbano V encargó a los cardenales Guido de Bolonia y Gil Aycelin de Montaigu, que terminasen la discordia surgida entre Juan II y Carlos II sobre el ducado de Borgoña, que cada uno creía pertenecerle. Debían dirigirse a la presencia del rey de Navarra, adonde también acudirían los procuradores del rey de Francia, y se esforzarían por inclinar los ánimos regios a una concordia perpetua⁵⁶.

El navarro continuó los preparativos de guerra, sin descuidar la acción de la diplomacia. El 25 de agosto de 1363 había firmado un tratado de paz con Aragón, en el que se comprometió a ceder al duque de Gerona, heredero de la corona aragonesa, las senescalías de Carcassonne y de Beaucaire, en el supuesto de que el rey ganase el reino vecino. Además se obligaron a ayudarse mutuamente y a procurar el matrimonio de Juan, primogénito de Pedro IV, con Juana, hermana del navarro⁵⁷.

Se puede presumir que no fue ajeno a esta cuestión de Borgoña el envío de cien florines de oro a la ciudad de Aviñón para ciertas necesidades del rey⁵⁸. Quizá los llevó Pierres Godeille. Carlos II mandó al tesorero que pagase a dicho Pierres 58 florines: de ellos 48 por dos palafrenes que compró para regresar de Aviñón, adonde había ido enviado por el rey, y el resto por los gastos hechos en el viaje de vuelta⁵⁹.

Pero el delfín precipitó los acontecimientos. Sin previa declaración de guerra y sin que el rey de Navarra le hubiera desafiado o provocado, ordenó a Beltrán Du Guesclin, que se apoderase cuanto antes de todas las plazas de Carlos II en la región de París, especialmente de Mantés y de Meulan. Al día siguiente de la ocupación de Mantés por sorpresa, falleció en Londres Juan II el Bueno. El delfín se convirtió en rey con el nombre de Carlos V (8 abril 1364)⁶⁰.

Aún antes de su exaltación, había denunciado al papa las novedades que habían surgido entre él y Carlos II. No será equivocado sospechar que echaría la culpa de todo a su rival y que trataría de justificar aquel atropello que estaba consumando. El papa le contestó brindándole su mediación⁶¹, que llegó tarde o no aceptó, ya que no buscaba la concordia, sino el aplastamiento de su contrincante, lo que consiguió en la batalla de Cocherel (16 mayo

53. DELACHENAL, III, 182.

54. CASTRO, IV, n.º 1.452 (16 jun. 1363), 1.355 (24 jul. 1363), 1.538 (26 oct. 1363).

55. Caj. 26, n.º 1, orig. (15 oct. 1363).

56. LECACHEUX, n.º 818 (texto).

57. Caj. 17, n.º 33; ed. C.M., *Documentos inéditos*, en «Bol. Com. Mon. Nav.», 1911, 194-200.

58. CASTRO, V, n.º 56 (antes del 2 febr. 1364).

59. Ib., n.º 198 (9 abril 1364).

60. DELACHENAL, II, 359-361.

61. LECACHEUX, n.º 933 (8 mayo 1364).

1364)⁶². Carlos II, sin medios para levantar un nuevo ejército, sintió la necesidad de la paz y debió de manifestarla al papa por medio de fray Aznar Martínez, prior del Carmen de Sangüesa. El 8 de junio 1364 éste recibió cien florines para el viaje que iba a emprender a Aviñón por orden del rey. La jornada duró 54 días. Los cien florines no le bastaron. En el camino vendió la mula que tenía, requisada al abad de Iranzu, Esteban, para atender a sus necesidades y aún gastó 22 florines de su peculio, que le fueron abonados el 25 agosto 1364. Además fue gratificado con 20 cahices de trigo⁶³.

Apenas regresó fray Aznar, salió para Aviñón y otras partes (25 ag. 1364) Miguel Sanz de Ursúa, caballero, retornando el 1 de noviembre. Además de los 180 florines que se le suministraron para el viaje, gastó 60 escudos viejos⁶⁴.

Estos mensajeros se cruzaron con un nuncio enviado por el papa, el abad del monasterio benedictino de San Miguel de Clusa, diócesis de Turín, para conocer la intención del navarro sobre un posible tratado de paz con Francia⁶⁵. Carlos II le contestó que estaba dispuesto a seguir los consejos del papa en lo relativo a la paz y a enviar sus embajadores solemnes a la corte aviñonesa para negociar, firmar y ejecutar los acuerdos que se adoptaran. Urbano V recomendó a Carlos V de Francia, que siguiera el ejemplo de Carlos II y que entretanto ordenase a sus capitanes abstenerse de toda hostilidad hacia el infante Luis de Navarra, lugarteniente del navarro en Francia. Por su parte, el infante fue invitado a respetar la tregua, preludio de un acuerdo definitivo⁶⁶. Carlos V aceptó la mediación pontificia y anunció que su embajada estaría en Aviñón para el 2 de marzo de 1365⁶⁷.

Dos de los miembros de la delegación navarra, Bernart de Folcaut, obispo de Pamplona, y Juan Cruzat, deán de Tudela y auditor de la Rota, estaban en Aviñón (28 enero 1365). Los demás se hallaban de camino. Eran Juan de Hannecourt, canciller de Navarra; fray Aznar, prior del Carmen sangüesino; Martín Miguel de Sangüesa, rector de la iglesia de Santiago o San Jaime de Sangüesa, y los nobles Arnalt de Lup, señor de Luxa, y Juan Remírez de Arellano, mariscal del reino. Hacían el viaje con 30 cabalgaduras. Urbano V pidió para ellos al duque de Anjou su protección y un salvoconducto. En el viaje de regreso se les agregarían el deán de Tudela y el obispo de Pamplona, que todavía no había hecho su primera entrada en la diócesis.

Los embajadores navarros, todavía en ruta, enviaron por delante a fray Aznar y a un escudero del obispo de Pamplona con dinero y objetos de la embajada. Pero, al llegar al puente de Aviñón, cuando ya estaban tocando la meta, fueron completamente desvalijados por los oficiales y gentes de armas de Carlos V. Ante este nuevo atropello, el papa rogó al duque de Anjou, que ordenase la restitución de las 686 piezas de oro en diversas monedas y los demás objetos robados⁶⁸. Unos días después el papa urgió la concesión del

62. S. LUCE, *Histoire de Beltran du Guesclin et de son époque* (Paris 1882) 394-405; DELACHENAL, III, 36-37; M. LARRÁYOZ, *ECO de la batalla de Cocherel en los documentos de Comptos reales*, en «Príncipe de Viana» 25 (1964) 253-275.

63. CASTRO, V, n.º 323, 503, 552, 651, 772, 859.

64. *Ib.*, n.º 715.

65. LECACHEUX, n.º 1.191 (27 ag. 1364).

66. *Ib.*, n.º 1.396 (27 nov. 1364).

67. *Ib.*, n.º 1.521 (22 enero 1365).

68. *Ib.*, n.º 1.541 (31 enero 1365).

salvoconducto y la restitución del hurto⁶⁹. Carlos V escogió sus embajadores el 19 febrero 1365.

Lo peor de todo fue que, después de tanto gasto y molestia, los embajadores navarros desplazados a Aviñón, no intervinieron para nada en la redacción del acuerdo, que se concluyó en París y no en Aviñón el 6 marzo 1365. El primero de abril del mismo año Urbano V desconocía los términos del tratado. Había oído decir que la paz se estaba gestando en Francia por Carlos V y su hermano, de una parte, y las gentes del navarro, residentes en París, de otra. El papa invitaba a Carlos II a ratificar el futuro tratado, cualesquiera que fuesen los negociadores, para obviar los innumerables males que de la discordia provenían a una y otra parte⁷⁰.

El preámbulo del acuerdo menciona la intervención de la reina Blanca, pero no la del papa, que había sido el promotor. Carlos II renunciaba a las plazas de Mantés y Meulan, y al condado de Longeville, a cambio de la baronía de Montpellier y de la restitución de Evreux y del Contentin. Sobre ciertos puntos del litigio (léase Borgoña), los dos reyes se remiten a la decisión del papa y se comprometen a enviar sus embajadores a la corte de Aviñón en un plazo fijo.

Pero en las negociaciones para el tratado del 6 marzo 1365 hay un punto oscuro. Según las bulas de Urbano V del 27 de noviembre y 18 de diciembre de 1364, del 22, 29 y 31 de enero y del 12 de febrero de 1365, ambos reyes habían resuelto en un principio enviar sus embajadores a Aviñón para determinar allí, a la sombra del papa, las cláusulas del tratado. Los comisarios franceses eran de llegar para el 2 de marzo de 1365. Sin embargo, no debieron de moverse de París. Los de Carlos II acudieron puntualmente a la cita. Por qué se cambió a última hora el lugar del encuentro y por qué el tratado se elaboró en París y no en Aviñón, es lo que hasta ahora no ha sido aclarado ni por la documentación de París ni por la de Roma ni por la de Pamplona. ¿Se quiso excluir al papa por demasiado imparcial e independiente? Lo cierto es que Urbano V y los embajadores navarros, mencionados en las bulas, sufrieron un desplante, y que éstos no colaboraron en la redacción del acuerdo, mejor dicho *Diktat* o imposición del más fuerte. En su lugar actuó el capital de Buch, Jean Greilly, como representante de Carlos II, frente a los comisarios franceses⁷¹. No obstante, el tratado fue ratificado por Carlos II en Pamplona dos meses más tarde. Quizá no tuvo más remedio. Carlos V lo ratificó un mes después (junio 1365)⁷².

Carlos II aceptó también la fecha de la Virgen de septiembre para el envío de embajadores a la corte aviñonesa, pero esta fecha fue prorrogada una docena de veces⁷³. Entretanto el papa Urbano V intervino como intermediario en la entrega a Carlos II de la villa y baronía de Montpellier. Por parte francesa actuó Luis, duque de Anjou, y por la navarra el cardenal Guido de Bolonia y Jean de Greilly, capital de Buch⁷⁴. Y, cuando los embajadores de los cónsules y de la ciudad comparecieron ante Carlos II para recabar la confirmación de sus

69. Ib., n.º 1.587.

70. Ib., n.º 1.670.

71. Ib., p. 285 nota.

72. J. BALEZTENA, *Documentos navarros en los Archivos Nacionales Franceses París* (Pamplona 1978), n.º 427-429, 437-438.

73. Ib., n.º 417, 430, 439, 442, 444, 445, 447, 450, 456, 459, 460, 461 y 462.

74. Ib., n.º 446 (25 enero 1366).

privilegios, derechos y costumbres, y negociar otros asuntos, se cuidaron de venir provistos de una recomendación de Urbano V⁷⁵.

En este tiempo no cesó la comunicación entre la corte navarra y la aviñonesa. En 1365 y 1366 fray Aznar Martínez, prior del Carmen de Sangüesa, fue dos o tres veces a la curia romana⁷⁶. Guillem de Ayre, cabalgador y sargento de armas, por orden del rey, se dirigió a Aviñón y de allí a Francia, regresando después a Navarra. Se le abonaron 40 florines⁷⁷. Juan de Anet partió de Estella para Aviñón y Provenza el 29 abril 1366 y volvió el 7 de junio, recibiendo 39 francos para sus gastos⁷⁸.

Por fin, Carlos V y Carlos II ajustaron sus diferencias el 26 marzo 1370 sobre Montpellier, préstamo de 50.000 francos de oro al monarca navarro, homenaje de éste al francés y matrimonio del delfín con una hija de Carlos II⁷⁹. Pero unos meses más tarde los reyes de Inglaterra y de Navarra concertaron una alianza⁸⁰. El tratado de 1365 se había observado mal y el de 1370 correría idéntica suerte.

Urbano V falleció sin haber pronunciado su sentencia arbitral sobre el ducado de Borgoña, después de haber nombrado capitán general de la Iglesia Romana durante su beneplácito al infante Luis, hermano de Carlos II de Evreux (30 mayo 1369)⁸¹.

ARBITRAJE TRANSCENDENTAL

En el pontificado de Gregorio XI (1370-1378), último papa del período aviñonés (elegido el 30 dic. 1370), la intervención pontificia más sonada y durable se realizó en la última legación del cardenal Guido de Bolonia. El cardenal, después de haber negociado el tratado de Santarem entre los reyes de Castilla y Portugal (19 marzo 1373), trabajó en la reconciliación de Navarra y Castilla. El 26 octubre 1370, en Montblanch, Juan Remírez de Arellano, señor de los Cameros, procurador del rey de Castilla, y Juan Cruzat, deán de Tudela, procurador de la reina Juana de Navarra, habían concertado treguas entre ambos reinos desde el 1 noviembre 1370 hasta el 1 mayo 1371⁸². Expirada la tregua, Enrique II de Castilla, y Juan Cruzat, junto con Pere Alvarez de Rada, caballero, procuradores de Carlos II, sometieron al arbitraje del papa y del rey de Francia todas las contiendas existentes sobre las villas de Logroño, Vitoria, Salvatierra, Fitero, Tudején y sus fortalezas, que eran del reino de Castilla y el rey de Navarra aseguraba que tenía derecho a ellas; y sobre las villas de Laguardia, San Vicente y sus fortalezas, que eran del reino de Navarra y el rey de Castilla pretendía que le pertenecían⁸³. Desde Aviñón, Carlos II ratificó la decisión de sus procuradores⁸⁴.

75. LECACHEUX, n.º 2.318 (14 jul. 1366).

76. CASTRO, V, n.º 960, 1.184, 1.376; VI, n.º 272, 614.

77. Ib., VI, n.º 94 (5 febr. 1366).

78. Ib., VI, n.º 501 (8 ag. 1366).

79. BALEZTENA, n.º 469.

80. Ib., n.º 470 (2 dic. 1370).

81. LECACHEUX, n.º 2.947 (30 mayo 1369).

82. CASTRO, VIII, n.º 292.

83. Ib., n.º 579.

84. Ib., n.º 671 (1 marzo 1372). Juan Cruzat hizo dos viajes a Zaragoza ante el legado en 1371, sin duda para preparar el terreno (Reg. 135, f. 98).

En nombre de Gregorio XI intervino el cardenal legado Guido de Bolognia, el cual se tomó más de un año para estudiar el asunto y dirimirlo. Ante todo proclamó una paz perpetua entre Navarra y Castilla, sellada con el matrimonio del príncipe Carlos, hijo de Carlos II, con Leonor de Trastámara, hija del castellano. Los castillos y villas de Logroño, Vitoria y Salvatierra serían restituidos a Castilla, y Navarra retendría los castillos y villas de San Vicente, Laguardia y Buradón. El cardenal aplazó su fallo sobre Fitero y Tudején hasta disponer de mejor información (4 ag. 1373). El 3 de octubre del mismo año declaró que ambos lugares pertenecían a Navarra. Su doble sentencia fue aceptada por ambas partes sin contradicción alguna⁸⁵.

Poco después el cardenal legado falleció en Lérida (25 nov. 1373). Se atribuyó su muerte al veneno de Carlos II. El rumor público llegó por varios conductos a oídos de Gregorio XI. Informado de ello Carlos II, se justificó ante él por medio de tres embajadores cualificados. El papa, teniendo en cuenta la religiosidad del monarca, su sincero amor al cardenal y la imposibilidad de que el rey quisiera manchar la gloria de su nombre con semejante infamia, no pudo creerlo en manera alguna. Y, aunque interrogó con diligencia varias veces a los familiares del difunto sobre la enfermedad y muerte del mismo, nunca pudo saber otra cosa, sino que falleció de muerte natural. «Por tanto, amantísimo hijo, de lo anterior que se nos sugirió falsamente, como la claridad de la verdad no puede ser oscurecida en esto por las tinieblas de las mentiras, no se cuide de ello en adelante la sinceridad regia, a nos tan cara»⁸⁶.

Gregorio XI comunicó a Carlos II su intención de partir próximamente para Roma⁸⁷. Quedaba pendiente el problema del dinero. El papa dirigió varios llamamientos a la cristiandad, exigió subsidios extraordinarios y empeñó sus joyas; pero el dinero no le llegaba, al menos en cantidad suficiente, para el viaje. Fue preciso que el rey de Navarra le prestase 30.000 florines de oro⁸⁸ y el duque de Anjou, sesenta mil. Entonces pudo ya embarcarse. Pero, poco después de su llegada a Roma, falleció.

MEDIACIÓN DEL CARDENAL PEDRO DE LUNA

A su muerte se disputaron la tiara dos papas: uno en Roma, Urbano VI, y otro en Aviñón, Clemente VII, dando lugar al llamado Cisma de Occidente. La cristiandad se dividió en dos obediencias y más tarde en tres. Carlos II, al principio, reconoció a Urbano VI, después se inclinó a favor de Clemente

85. Caj. 28. n.º 18; ed. M. ARIGITA, *Colección de documentos inéditos para la historia de Navarra* (Pamplona 1900), 379-411. Cf. J. GONI GAZTAMBIDE, *Historia del monasterio de Fitero*, en «Príncipe de Viana» 26 (1965), 298-300.

86. L. MIROT y otros, *Grégoire XI (1370-1378). Lettres secretes et curiales se rapportant a la France*, 5 fasc. (París 1935-1957), n.º 3.439 (22 junio 1374).

87. *Ib.*, n.º 1.743 (9 enero 1375).

88. El 2 abril 1376 Gregorio XI autoriza a Pedro Borrier, canónigo de Barcelona y colector apostólico, a recibir en préstamo, en nombre de la Cámara Apostólica, cien mil florines de oro o lo que el rey de Navarra le quiera prestar por debajo de dicha suma (MIROT, n.º 2.021). Carlos II prestó al papa 30.000 florines (2 ag. 1376). El 15 abril 1378 se le reembolsaron los 8.000 florines de Aragón que faltaban para completar la devolución de los 30.000 florines (L. GREINER, *Un représentant de la Chambre Apostolique de Clément VII en Aragón au debut du Grand Schisme (1378-1380)*, en «Mélanges d'Archéologie et d'Histoire», 65, 1953, 197-213).

VII y, por último, se declaró neutral o «indiferente»⁸⁹. Derrotado por las tropas castellanas, se vio obligado a firmar la humillante paz de Briones (31 marzo 1379), que suponía el fracaso definitivo de su política exterior⁹⁰.

El tratado de Briones fue suavizado el 19 octubre 1383 en El Espinar por Juan I gracias a los buenos oficios del cardenal Pedro de Luna, legado de Clemente VII⁹¹. Unos meses antes el rey navarro había dado al cardenal 2.000 libras para sus gastos y 100 libras a Jaquemín de Sanleches, juglar de arpa, para que regresara a la presencia del cardenal de Aragón, su amo⁹².

Dos años después, Carlos II llamó al cardenal Pedro de Luna para que le ayudase a negociar un nuevo tratado de paz con Castilla. El legado se detuvo en Pamplona unos cuatro meses. Entonces se echaron las bases del tratado que se había de firmar en Estella el 15 febrero 1386 en presencia del mismo cardenal. El tratado de Briones experimentaba una importante rectificación o alivio y se arreglaba la cuestión de la dote de Leonor, esposa del infante Carlos. En lo relativo al reconocimiento de Clemente VII, se decía que el rey y su hijo se atenderían a lo que el cardenal ordenase⁹³. Como era notoria la mentalidad de Carlos II, el cardenal se abstuvo de ordenar nada.

Al mismo tiempo, entre 1384 y 1385, Carlos II intentó valerse del papa de Aviñón para mejorar la situación de sus posesiones en Francia. «Se dice que el principal obstáculo fue el haberse descubierto una nueva tentativa de envenenamiento por parte del navarro, de la que serían víctimas el rey y los duques de Berry y de Borgoña. En Francia no había dejado muy buenos recuerdos, y todos los rumores adversos hallaban excelente acogida»⁹⁴.

Carlos II falleció el 1 enero 1387 en Pamplona, confortado con los sacramentos de la Iglesia⁹⁵, sin abandonar su postura de indiferencia en el asunto del Cisma de Occidente. Las circunstancias contradictorias sobre su muerte, difundidas por los cronistas franceses, deben ser relegadas al campo de las leyendas. Los documentos de comptos hablan de enfermedad, no de quemaduras. Fue enterrado en el coro de la catedral de Pamplona delante del altar de San Luis⁹⁶.

Esperó mucho de la Santa Sede y creemos que no se vio defraudado.

89. J. GOÑI GAZTAMBIDE, *Cisma de Occidente en España, El*, en Diccionario de Historia eclesiástica de España, Suplemento I (Madrid 1987), 151-152; J. ZUNZUNEGUI, *El reino de Navarra y su obispado de Pamplona durante la primera época del Cisma de Occidente. Pontificado de Clemente VII de Aviñón (1378-1394)* (San Sebastián 1942).

90. LACARRA, *Historia política*, III, 130-133.

91. J. ZUNZUNEGUI, *La legación en España del cardenal Pedro de Luna 1379-1390*, en *Xenia Piana*, vol. VII de «Miscellanea Historiae Pontificiae» (Roma 1943), 120-121; LACARRA, III, 144-145.

92. CASTRO, XIV, n.º 222 (19 abr. 1382); n.º 626 (21 ag. 1383).

93. ZUNZUNEGUI, *La legación*, 122; ID., *El reino de Navarra*, 127 ss.; LACARRA, III, 149; J.R. CASTRO, *Carlos III el Noble, rey de Navarra* (Pamplona 1967), 548-570.

94. LACARRA, III, 141.

95. C. ORCÁSTEGUI GROS, *Crónica de Garcí López de Roncesvalles* (Pamplona 1977), 97-98.

96. Los gastos de embalsamamiento, entierro, funerales y cabo de año, en CASTRO, *Carlos III*, 571-576, 123-127. Cf. F. IDOATE, *Rincones de la historia de Navarra*, I (Pamplona 1954), 14-16; A. BALLESTEROS Y BERETTA, *El embalsamamiento de Carlos II de Evreux*, en «Correo erudito», IV, 68-69; J. YANGUAS Y MIRANDA, *Dicc*, II, 574-575.